

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:

Judith Anderson. La actriz perseguida por los muertos

Autor/es:

Merino, Imma

Citar como:

Merino, I. (1996). Judith Anderson. La actriz perseguida por los muertos.
Nosferatu. Revista de cine. (20):10-13.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/40949>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



Judith Anderson

La actriz perseguida por los muertos

Imma Merino

"És més dolenta que l'ama de llaves de *Rebeca*"

(Oído a mis padres y a mi tía María, a quienes dedico este artículo)

Persiste el escalofrío de las pesadillas más inquietantes cuando se vuelve a ver, aunque evocar la escena sea suficiente para restituir el desasosiego, al ama de llaves de *Rebeca* (Al-

fred Hitchcock, 1940) acercarse al oído de Joan Fontaine -recurrámos al nombre de la actriz, pues nunca sabremos el de la segunda señora de Winter- para inducir la al suicidio.

La ventana está abierta y, después de repetirle que se marche de Manderley, la casa ocupada por un fantasma a la que más tarde sólo se podrá volver en sueños, la alienta a lanzarse al vacío con el argumento cruel de que nada la retiene en este mundo. Poco antes, una vez comprobado que el disfraz sugerido por el ama de llaves era una trampa para que emergiera poderoso el recuerdo de la imagen de Rebeca, Joan Fontaine le habrá preguntado a la Sra. Danvers por qué la odia tanto. También le hubiera podido preguntar por qué es tan mala y despiadada con ella, de la misma manera que, si se resiste a la lógica de un cuento que requiere maniqueísmos insuperables, el espectador puede plantearse a su vez por qué le hace la vida tan imposible. Existe la tentación de comprender esta animadversión tan profunda remitiéndola al terreno de la obsesión amorosa -siempre se ha especulado sobre la Sra. Danvers como mujer enamorada de Rebeca y, ciertamente, cómo se embelesa cuando pasa por su cara la piel de un abrigo de la difunta...-, aunque pueda caerse en una fácil categorización psicologista de las que poco interesaban a Hitchcock. Pero si cualquier personaje merece que se tengan en cuenta sus razones, ¿por qué no considerar que la Sra. Danvers odia a la nueva señora porque ama a "su" Rebeca? Así, en el recuerdo idealizado de la muerta, no puede tolerar que nadie ocupe su espacio, ni tampoco que se le propague una imagen distinta a la de su percepción de enamorada. Aún más, estando como poseída por la muerta, atiende a una vocación: procurar que Rebeca sea una muerta tan presente en la vida de los vivos como lo es para ella. No es por nada que llegó a Manderley con Rebeca,

como si su existencia dependiera de ésta. Mantener la muerta más viva que los vivos es la condición para que ella misma siga existiendo. Por eso, cuando emerge otra realidad de lo que fue Rebeca, y con ella el mito se haga tan vulnerable que es imposible mantener el fantasma con latidos certeros, el ama de llaves se consume en las llamas. También por esa íntima relación, la presencia de la Sra. Danvers refleja a Rebeca en un atormentador juego de espejos para la cenicienta Joan Fontaine. No es extraño pues que, en la célebre entrevista que François Truffaut realizó a Hitchcock, éste se refiera a la siniestra ama de llaves con atributos con los que imaginamos a los fantasmas -una cierta ubicuidad silente, la inmovilidad de quien está en todas partes-, que se corresponden con la percepción que tiene Joan Fontaine: *"La Sra. Danvers no anda casi, nunca se la veía moverse. Si entraba en la habitación en que estaba la heroína, la muchacha oía un ruido y la señora Danvers se encontraba allí, siempre, en pie, sin moverse. Era un medio de mostrarlo desde el punto de vista de la heroína: no sabía jamás dónde estaba la señora Danvers y de esta manera resultaba más terrorífico;*

ver andar a la señora Danvers la hubiera humanizado" (1).

Pero si los protagonistas del film pueden liberarse al fin de Rebeca, se diría que el fantasma siempre persiguió a la actriz que interpretó al personaje que lo mantenía vivo. ¿No está una actriz llamada Judith Anderson ligada para siempre al recuerdo de **Rebeca**? Este mismo artículo, ¿no cae en la trampa de reducirla a esa ama de llaves? ¿No cuesta a veces recordar, en el caso de que se conozca, el nombre de la actriz? Si se conoce el nombre, ¿se tiende a relacionarlo con otras películas en las que intervino, como es el caso de **Tres días de amor y fe** (1943), de Borzage, **Memorias de una doncella** (1946), de Renoir, **Pursued** (1947), de Raoul Walsh, **Las furias** (1950), de Anthony Mann y **La gata sobre el tejado de zinc** (1958), de Richard Brooks? ¿Se ha retenido su imagen como sacerdotisa de **Star Trek III. En busca de Spock** (Leonard Nimoy, 1984)? Cuando murió, a primeros de enero de 1995, ¿hubo un titular que difiriera significativamente del siguiente: "Muere Judith Anderson, el ama de llaves de **Rebeca**"? ¿Ha trascendido de manera significativa que fue una in-



Rebeca

La gata sobre el tejado de zinc



tensa trágica del teatro que encarnó a *Medea* o que triunfó en los escenarios de Broadway asumiendo, por ejemplo, la personalidad de otra malvada de tanta envidia como Lady Macbeth? Habiendo participado en un medio tan popular como la televisión, ¿se habla de ella a través de series como *Santa Bárbara*? Teniendo presente que hay actores de los cuales hasta se nos ha explicado cómo y dónde tomaron su

primera papilla, de esta actriz que nació en la ciudad austriaca de Adelaida el 10 de febrero de 1898, ¿se sabe que padeció una enfermedad que la dejó postrada en la cama y ciega durante un largo tiempo? Y, volviendo al fantasma de *Rebeca*, ¿hasta qué punto el referente del ama de llaves no la condenó a interpretar personajes antipáticos, con tendencia a la maldad y a la vez poseídos de un cierto mis-

terio? Además, ¿sabemos reconocerla sin esa ropa de luto, el cabello apretado, el rostro grave y el gesto altivo y desdenoso? Acostumbrados a esta imagen, ¿se la reconoce como la mujer madura que pretende al buscavidas grandullón y sinvergüenza interpretado por Vincent Price en *Laura* (1944) de Otto Preminger? En esta película, rodada tres años después de *Rebeca*, vemos a Judith Anderson con el pelo claro y moldeado, vestida con elegancia y cierta sofisticación. La suya es una apariencia que, por mucho que estemos acostumbrados a las transformaciones de estos sujetos camaleónicos que son los actores, resulta difícil relacionar con la actriz del ama de llaves de *Rebeca*, el personaje que ha adquirido relieve en nuestro imaginario y por tanto el referente para identificar a Judith Anderson. Pero resulta curioso que, al margen de la apariencia, su personaje en *Laura* diga de él mismo que



Laura



no es buena persona y que en este film de Preminger el personaje central, al menos en la primera parte, adquiera el carácter de un fantasma, de una desaparecida muy presente en la vida de los vivos (¿no será que Laura se refleja en un cuadro desde el cual vuelve a la vida, mientras que no se nos muestra ninguna imagen que pueda devolver a Rebeca?)

Anotado esto, ¿no será que los muertos perseguían a la actriz Judith Anderson? Veamos el caso de **La casa roja** (1946), un drama rural bastante deslavado de Delmer Daves en que la imagen física de Judith Anderson está mas cerca del ama de llaves, aunque los rasgos estén más suavizados y no sometidos a los contrastes de luz del film de Hitchcock. De hecho, interpreta a una mujer que no es para nada malvada y que, si bien esconde un secreto, no le corresponde a ella, sino a su hermano -personaje que interpreta Edward G. Robinson, a quien no se parece físicamente, aunque curiosa-

mente los dos tengan una especie de peca abultada en la parte derecha de la cara: él, en la mejilla; ella, cerca de la barbilla-, un hombre atormentado por el recuerdo de la mujer amada a quien mató en un rapto de locura. La muerta es otro fantasma que habita otra casa encantada -la roja a la que alude el título- que, finalmente, también es incendiada, aunque no sea Judith Anderson -aquí una víctima que no mantiene el recuerdo de los muertos, sino que lo padece- quien pueda consumir la acción.

En todo caso, su personaje en el citado film de Daves es de apoyo, no tiene la fuerza como para sostenerse en sí mismo. Y es que, cinematográficamente hablando, en ningún personaje pudo hincar tanto el diente Judith Anderson como en esa ama de llaves que el juguetero Frank Tashlin también tuvo que tener presente en el momento de confiarle el papel de la madastra del "ceniciento" Jerry Lewis -**Cin-**

derfella (1960)-. Al fin y al cabo, ¿no tiene mucho Joan Fontaine de "cenicienta" que encuentra un príncipe azul? Y, aunque no tenga en este caso hermanastras, ¿esa ama de llaves no está hecha de la misma materia con la que sueñan las madastras más crueles de los cuentos? Y, cuando le propusieron papeles de madre, Judith Anderson se encontró con personajes de la calaña de Herodías, es decir alguien capaz de utilizar a su hija Salomé -Rita Hayworth- para manipular a Herodes -Charles Laughton- en el film de William Dieterle que recrea sin mucha convicción el drama bíblico -**Salomé** (1953)-. Finalmente, su filmografía aporta un nuevo ejemplo del cine como lugar de los delirios: Judith Anderson se convirtió en una vieja india en **Un hombre llamado caballo** (Elliot Silverstein, 1970).

NOTA

1. Truffaut, François: *El cine según Alfred Hitchcock*. Alianza Editorial (Madrid). 1974. Página 109.